



RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador (coord.)
El Diablo, las Brujas y su Mundo. Homenaje Andaluz a Julio Caro Baroja

Sevilla: Signatura, 2000. – 243 p. ; 22 cm. – ISBN: 84-95122-08-1

Esta obra que nos llega desde Sevilla de la mano y acertada coordinación del antropólogo Salvador Rodríguez Becerra (Universidad de Sevilla), nos facilita un oportuno acercamiento a la figura de Julio Caro Baroja, a su obra, sus aportaciones, reflexiones y planteamientos... en definitiva a su pensamiento antropológico y en este caso estrechamente ligado con Andalucía. Y es que sus lazos con la cultura andaluza, no puede pasar por alto: "...vinculaciones familiares con Andalucía, sus viajes con Foster y Pitt-Rivers, su residencia temporal en esta tierra desde hacía varias décadas, y, especialmente su obra, recuérdense *Los moriscos del reino de Granada* (1957) y un conjunto numeroso de

trabajos recogidos en el volumen *De Etnología andaluza* (1993), sin mencionar las numerosas referencias dispersas en sus obras" (pp. 24-25).

Esta vinculación es tomada como pretexto para una pertinente llamada de atención sobre la vigencia del estudio de algo tan dinámico como la cultura andaluza actual, y para ello nada mejor que la superación de posiciones reduccionistas –movidas entre un exagerado esencialismo y la negación de la presencia de lo árabe a la hora de comprender hoy lo andaluz-. De este dilema señalado ya por Caro Baroja, nos previene ahora con puntualidad y criterio científico Salvador Rodríguez Becerra, como una posibilidad para superar la supuesta imposición de una "imagen estática de su identidad" (p. 28). Desde estas propuestas que hemos destacado, Salvador Rodríguez Becerra –uno de los principales especialistas en el ámbito etnológico de la religiosidad popular con los que contamos actualmente– coordina esta serie de trabajos antropológicos sobre Andalucía consiguiendo un coherente acercamiento a la figura y obra del homenajeado.

En esta aproximación a Julio Caro Baroja, Francisco J. Flores Arroyuelo de la Universidad de Murcia ("Julio Caro Baroja: la mirada del inocente"), recurre al recuerdo acercándonos a un investigador "...puntual, burlón, tímido, inteligente, alegre, riguroso, acogedor, amante de la intimidad, con elegancia natural, generoso, independiente, trabajador incansable, enemigo y martillo de pelmazos y siempre con la mirada tendida al frente, sobre la reflexión y el análisis, y desde la curiosidad y la búsqueda, y por encima de todo ello cargada de inocencia" (p. 180). Julián Pitt-Rivers ("Un comentario sobre la obra y la personalidad de Julio Caro Baroja"), hace algo parecido y echa mano también de sus recuerdos, sobre todo en Grazalema aludiendo a las visitas y a sus encuentros con el homenajeado. Además de su personalidad y de la destacable presencia y también relación con la tierra andaluza, podemos confirmar el lugar que ocupa Andalucía en su obra, tal como hacen detalladamente tanto Antonio Carreira ("Julio Caro Baroja y Andalucía") por un lado, como Matilde Fernández Montes del C.S.I.C. por otro ("La obra andaluza de Julio Caro Baroja. Reflexiones en torno a la obra *De Etnografía Andaluza*").

Junto al recuerdo y el interés por lo andaluz, José Luis Anta Félez de la Universidad de Jaén ("Julio Caro Baroja en qué es la religión") se ocupará de llevarnos al campo de la teoría, proponiendo para ello una reflexión con un ejercicio que define como un "regresar al territorio del pensar" (p. 228). De esta forma trata de salvar, a nuestro entender muy acertadamente, las distancias y puntualizaciones realizadas por autores como Delgado y Gre-

enwood, logrando una pertinente inclusión de Julio Caro Baroja en lo que concierne a la argumentación antropológica sobre la religión. José Luis Anta Félez en esta reflexión, nos conduce por una vía situada más allá de apriorismos y limitaciones pseudocientíficas, transcurriendo por el terreno antropológico y también, cómo no, por el histórico y sociológico en una puntual referencia a la obra carobarojiana.

En este recorrido al que nos vemos conducidos en este libro, encontramos asimismo nuevos trabajos de investigación, puntuales, centrados y muy actualizados sobre aspectos que preocuparon también a Julio Caro Baroja. Es así como Jesús Asensi Díaz de la Universidad Autónoma de Madrid (“Religiosidad popular y asociacionismo sociocultural. El “cuartel” en Puente Genil”) aborda la fiesta popular en esta localidad que lejos de estar en vías de extinción como consideraría Julio Caro Baroja, ha sido objeto de cambios y adaptaciones que ahora son objeto de estudio. Estos nuevos trabajos, a los que nos referimos ya, nos invitan a retomar el enunciado del libro: *El diablo, las brujas y su mundo*, entendido como eje polarizador para autores como Luis Coronas Tejada de la Universidad de Jaén (“El tribunal de la Inquisición y las brujas. Un giro espectacular en el tratamiento de la brujería”), quien se centra en tierra vasca, desde parámetros etnohistóricos abordando la situación de la brujería y el papel de la Inquisición, investigando una “brujomanía” en cuya dinámica se muestra un punto de inflexión en la figura de Alonso de Salazar, opuesto a la dinámica predominantemente condenatoria de la práctica brujeril.

Por ese mismo eje, transcurre Francisco J. Flores Arroyuelo de la Universidad de Murcia (“Ayer y hoy del rostro el diablo”) haciendo un recorrido histórico por la multiplicidad de formas atribuidas al “diablo” llegando así a la actualidad. Es partidario –emulando en parte a Julio Caro Baroja– de descartar hipótesis basadas en la pervivencia cultural optando por defender su presencia como “prueba de la capacidad de reinterpretar hechos”, llegando a la conclusión de que éste no es ni más ni menos que “una creencia humana, una creencia demasiado humana, llevada siempre a sus últimas consecuencias”, la cual “ha acompañado al hombre durante siglos y como tal ha sido configurado (el diablo) adaptándose de manera apropiada en cada momento de su pasado hasta el día de hoy, en el umbral del siglo XXI” (pp. 115-116). “El diablo existe, como siempre, a condición de que se crea en él, y no existe, también siempre, a condición de que no se crea en él, y así parece que va a continuar siéndolo por los siglos, con su rostro o sin él, con olor a azufre o sin él” (p. 116).

Para Francisco Núñez Roldán también de la Universidad de Jaén (“Hechicería e Inquisición en la Andalucía moderna”), sigue siendo primordial proseguir el análisis de las causas de la persecución por motivos creenciales, y centrado en el caso andaluz apunta la inexistencia de la “brujomanía”. Sin embargo y partiendo de los autos inquisitoriales, afirma la posibilidad de trazar, en referencia a autores como Flores Arroyuelo y en sintonía con Julio Caro Baroja, el perfil de la “hechicera andaluza” la cual “logra hacer conjuros para satisfacer una demanda popular de remedios acerca del amor, del destino, del futuro, del reencuentro con objetos y seres perdidos” (p. 65), cuyo desarrollo obedecería a factores económicos y sociales igualmente que a los acontecimientos propios de la corte de Carlos II quien recurrió a hechiceros y curanderos según necesidades. Igual que la Corte potenció en buena medida la proliferación de prácticas de hechicería, actualmente constatamos, tal como nos hace ver el autor, que los medios de comunicación como por ejemplo la televisión, también actúan en este sentido. Es así como Francisco Núñez Roldán en una proyección hacia el presente, evidencia y constata que “siguen existiendo personas en el mundo que dicen poseer poderes sobrenaturales capaces de curar enfermedades, predecir el futuro o comunicarse con los espíritus del Más Allá”, y que “hay personas en cuyo sistema de creencias cabe la fe en aquellas otras sobrenaturalmente dotadas, pues de no existir demanda no existiría oferta (y viceversa)”, demostrándose con ello “una tercera cuestión: el poder de los medios de comunicación a la hora de crear realidades inexistentes” (p. 49).

Por su parte Antonio Montesino (“El estigma de la brujería”) nos refiere a un caso de brujería, entre casi una treintena estudiada en la década de los años 80 en una Cantabria rural y cambiante, entre diferentes actores sociales a los que entrevistaría en profundidad. Muestra un importante cúmulo de estereotipos acerca del mundo brujo, así como de información referida a “un tipo de estrategias y procedimientos discursivos que crean, mantienen o justifican situaciones sociales de marginación y desigualdad valiéndose del miedo y del odio que opera”, todo ello “en ámbitos de una comunidad de prejuicios, a su vez enmarcados en contextos sociales” (p. 68). Antonio Montesino relaciona dichos contextos sociales con un discurso histórico concreto (“idea-fuerza de larga duración”), innegablemente ligada a la “imaginería diabólico-brujo coproducida a partir de una determinada tradición eclesíastica y de los códigos sociales y morales correspondientes a su sistema teológico-político” en palabras del autor (pp. 68-69). En esta línea este investigador opta por un marco teórico estructural en el que intenta superar cualquier postura idealista o romántica, optando por un análisis crítico del “discurso y del síndrome brujo” y tratando de descifrar las claves para llegar a una comprensión antropológica.

Sin alejarse del eje polarizador o título que cubre a buena parte de los trabajos de este libro, hallamos también a Manuel Amezcua de la Universidad de Granada (“Brujas, visionarias y adivinas. Una aproximación a la mentalidad hechicera”) con un interesante acercamiento a la realidad histórica y cultural de algunas formas de marginalidad femenina en Jaén (hechiceras, beatas, prostitutas). Lo hace en una búsqueda de las “causas materiales que se ocultan tras la aparente irracionalidad de las costumbres y los estilos de vida de ciertas formas culturales jaénenses” (p. 118). Para ello, opta por estudiar la represión hechicera durante los siglos XVI y XVII tomando el caso de una treintena de mujeres y hombres procesados por delitos como la hechicería, la sortería, la adivinación, la nigromancia, etc., partiendo de la documentación procesal y textos jurídicos de la época. En palabras del autor, “la mayoría de los casos estudiados representan la cara oculta de unos servicios sociales de tipo marginal desempeñados en la mayoría de los pueblos y ciudades de la provincia en una época en la que estas alternativas al dogma eran triplemente perseguidas” (por la justicia civil, eclesíastica y Santo Oficio). El autor nos sitúa sin duda ante una muestra muy clarificadora de la intransigencia de los poderes formales frente a unas mentalidades que son diferentes. Además de una metodología precisa y del recurso a variables concretas, destaca la reflexión “en torno al papel de la mujer en un mundo simbólico donde las connotaciones negativas, de superstición e ineficacia, propagadas por el poder establecido, han estado muy por encima del puesto que realmente desempeñó en el alivio de determinadas necesidades básicas” tal como se puede comprobar en el caso jaénense” (p. 119).

Siguiendo el hilo, no es menos interesante la alusión de Manuel Amezcua a Henningesen cuando indica que “la brujería es un sistema ideológico capaz de aportar soluciones a gran parte de los problemas cotidianos” (p. 131) y donde la cotidianeidad aparece “revestida de un sentido plenamente vitalista que se antepone ideológicamente a la idea de renovación vital que el buen cristiano debía esperar tras pasar el umbral de la muerte”. La muerte sin embargo, para la bruja tiene un sentido “no de tránsito, sino de final” (p. 131). Esa “buena muerte” es invertida y suplantada por una “buena vida”, “basada en el goce pleno y satisfecho no de lo espiritual, sino de lo temporal” (p. 131). Y esta funcionalidad constructiva de la brujería se dirigió al control de la naturaleza en las cuatro dimensiones necesarias para el goce cotidiano: la salud, el sexo, el destino y la riqueza, sistema de valores incompatible con el propuesto por los “guardianes de la fe cristiana”. “El caso de la represión de las brujas y sus derivados se nos presenta de esta manera como un nuevo atentado contra la diversidad cultural fruto de la intransigencia, esta vez no por razones políticas, sino por algo más sutil, porque siempre hay alguien que piensa de manera diferente” (pp. 132-133).

Por su parte, Manuela Cantón Delgado de la Universidad de Sevilla (“Diablos y pentecostalismos. Apropiaciones Simbólicas y Práctica Social”) se preocupa por la dimensión simbólica y política del “diablo pentecostal” en Guatemala. En su análisis parte de la eficacia cotidiana de las representaciones construidas por los creyentes en torno a su figura basándose en materiales de campo con los que trata de mostrar “la visión de lo *sagrado* como algo que no es inteligible al margen de los actores sociales que lo modelan y reelaboran en una constante negociación con lo *sobrenatural*”. En este sentido, para Manuela Cantón Delgado “disociar lo real de la representación de lo real es mirada antropológica ya vieja”. En una realidad en la que se constata un protestantismo carismático de renovación personal proveniente de Estados Unidos, que ha ido desplazando paulatinamente al catolicismo hegemónico, la autora ve cómo se produce entre los conversos una “modificación radical de la visión del mundo, que arranca de la propia existencia individual para alcanzar el destino mismo de la república” guatemalteca.

La estructura de los testimonios de los conversos se muestra con un antes y un después, dependiente del nuevo estatus existencial y social que éstos adquieren tras una experiencia religiosa vivida y narrada como “revolucionaria” de cara al espacio político. Esta experiencia religiosa “impregna por completo sus representaciones e inspira el carácter de la acción” (p. 137). En este sentido Manuela Cantón Delgado, opta junto a Bourdieu, por afirmar la necesidad de “superar la oposición que la ciencia lleva a cabo entre la representación y la realidad, e incluir en lo real la representación de lo real, o más exactamente, la lucha de las representaciones en el sentido de imágenes mentales, pero también de manifestaciones sociales destinadas a manipular esas imágenes mentales” (p. 158). Tal y como afirma, las reelaboraciones simbólicas de la realidad económica, política y social tienen un componente de eficiencia cotidiana que no debería pasarnos desapercibido. Es así como “ignorar la explotación económica, negar la represión política, aceptar la autoridad establecida porque siempre lo es por mandato de Dios, puede ser considerado como parte de los exitosos resultados de un programa ideológico reaccionario” (p. 158). “Los conversos emplean otro lenguaje para referirse a realidades que, de esta manera, son reconstruidas, revisadas, transformadas, inspirando y justificando un programa de conductas coherente respecto de ellas” (p. 157). Esta lógica lleva a afirmar en este caso que “los guatemaltecos que aprendieron a compartir y transmitir esta reelaboración discursiva de la realidad saben muy bien qué consecuencias políticas tiene, y qué ventajas se derivan de ella, en tanto disminuye el riesgo personal en una república que ha conocido un largo rosario de gobiernos entregados a la vigilancia y a la represión internas” (p. 157).

Para terminar este recorrido por el libro que ahora comentamos, no podemos olvidar la aportación de Sol Tarrés Chamorro, también de Universidad de Sevilla (“Los demonios en el Islam: Yunn y Chaitanes”). Su trabajo toma como punto de partida empírico una serie de testimonios recogidos entre magrebíes, marroquíes y argelinos en Sevilla, teniendo por objeto principal el acercamiento a estos elementos concretos (diablo, demonios, genios) de la religiosidad islámica, marcadores de comportamientos deseables, mantenedores de la cohesión social. Para la autora, al igual que los demonios y el diablo, tanto el Corán como las Sunna, en alusión a Geertz “aportan representaciones y símbolos que son intrínsecamente coercitivos e inmediatamente persuasivos”. Es así como para la autora, *Iblis* (el diablo), *chaitanes* (demonios) y los *yunn* (genios) “están presentes en la vida diaria del musulmán”.

Como síntesis final, podemos decir tal como hemos podido comprobar, que gracias a esta publicación coordinada por Salvador Rodríguez Becerra, contamos con una certera e interesante serie de reflexiones, aportaciones y nuevos datos, unos intentando un acercamiento a la personalidad de Julio Caro Baroja y otros mostrando su presencia e interés

científico por Andalucía. Además y junto ellos, se nos ha brindado una pertinente revisión del importante lugar ocupado y sobre las vías abiertas en lo que al planteamiento teórico carobarrojiano se refiere. Todo ello como podemos también verificar, muy bien acompañado, completando este homenaje andaluz, por investigaciones y trabajos centrados en una temática que ya iniciaría en muy buena medida nuestro ilustre antropólogo y que dan densidad, utilidad e interés al libro.

Juan Antonio Rubio-Ardanaz